

ESTEVEZ, AGUSTIN V. *Bioética, de la cuestión nominal a la caracterización de su concepto*, Bahía Blanca, Ediciones de la Universidad Nacional del Sur, 2002.

El recorrido que nos propone Agustín Estevez en este libro se inicia con el análisis minucioso de un término: “bioética”. Un término especial tanto en su génesis como en sus resonancias. Resonancias de sentidos que se entrecruzan e intersectan desafiando la delimitación convencional de los saberes. Pero también, sin duda, es “bioética” un término de “moda” hace ya varias décadas, que desborda los estrictos ámbitos académicos para expandirse a través de circuitos de divulgación de la información científica y de medios de comunicación en general: “bioética es una palabra de moda, que se usa en las más diversas acepciones y que comienza a perder significación” (pág. 66). En este sentido su esclarecimiento resulta una tarea de la mayor importancia, para develar las necesidades que se encontraban a la base de su instauración y para compararlos luego con los significados superpuestos en sus usos diversos.

La tarea de análisis del término “bioética” propuesta por el autor, es abordada desde perspectivas múltiples, que dan cuenta tanto de la etimología como de las notas conceptuales, y muy especialmente de las circunstancias que rodearon la emergencia de la palabra, hace ya tres décadas.

El momento etimológico nos conduce a la doble raíz griega de “bios” y “ethiké”, que en su combinación señala en dirección de una preocupación inédita acerca de la necesidad de construir un vínculo entre ciencia y valores. Porque de las ciencias de la vida se trata, en la concepción amplia que nos propone Potter, o de una de esas ciencias -la medicina- tal como se sigue de los trabajos de Hellegers. De hecho, ha sido la última de estas propuestas la que parece haber impuesto su especificidad en las reglas de uso que han consolidado el del término “bioética”. Significación “estrecha” denuncia Estévez, que limita el potencial crítico de la original propuesta interdisciplinaria, en tanto logra domesticar al saber emergente a través de un proceso de medicalización. En palabras del autor: “La bioética médica termina por medicalizarse. El mundo bioético es demasiado poderoso en tradición y fuerza para escuchar otras voces, especialmente si son críticas” (pág. 33).

Ahora bien, la mera universalización o globalización en la utilización del término no asegura por sí misma un incremento de su caudal problematizador. Es decir que de la medicalización señalada podríamos pasar sin solución de continuidad a una cientifización excesiva, al convertir a la bioética en algo semejante a una superciencia capaz de establecer los parámetros básicos que guíen la utilización de las ciencias.

Llegado este punto, la cuestión etimológica deja paso a la caracterización del concepto, en un intento por precisar su estatus epistemológico. Si la bioética corresponde a un campo unificado de conocimiento, el hilo conductor de su identificación no puede ser otro que la “interdisciplina”. Pero la interdisciplina es presentada aquí por Estévez como una exigencia práctica. No ya la teorización sobre el cruce de objetos o métodos de las disciplinas clásicas, sino la necesidad efectiva de aprender a escuchar discursos divergentes, de comprender intereses en conflicto y discutir posiciones encontradas para elegir cursos de acción y sobre todo fundamentar la calidad ética de las elecciones realizadas.

Los diferentes usos de la palabra bioética resultan por fin unificados en la dimensión práctica del ejercicio interdisciplinario, que remite al debate y la deliberación productivas de valores, que guían la acción en el campo de las ciencias. De este modo, la reducción de la multivocidad del término a través de la demarcación de un concepto, nos permite entre otras cosas concebir a la bioética como una disciplina y no como una tópica de temas superpuestos. Concepto que no anula los usos subsumiéndolos en una artificial univocidad absoluta, sino que los reúne a través de ciertos hilos compartidos en grados diversos -parecidos de familia- que evitan la dispersión a través de la determinación de semejanzas dinámicas, otorgándoles identidad relativa y relacional en el marco de una nuevo saber interdisciplinario: la bioética en su determinación conceptual.

Sin embargo, y como ya quedó anticipado en el párrafo anterior, la interdisciplina que identifica a la bioética no es reflexión teórica sino ejercicio práctico y este carácter práctico es otra de las notas que le otorga coherencia. No “discurso de la acción” (p. 67) -nos aclara Estévez ubicando este mal entendido entre otros de los usos desgastantes del término- sino acción en sí misma. Trabajo reflexivo transformador de objetos, sujetos y verdades.

Las precisiones señaladas, y encaradas con extrema rigurosidad por el autor, permiten que a partir de ellas una nueva luz se derrame sobre los temas tradicionales, y a veces remanidos, de la bioética escolarizada: el concepto de aplicación, los cuatro principios básicos de la bioética acuñados por Beauchamp y Childress, la dicotomía casuismo-principalismo, la aporética oposición entre fundamentalismo y escepticismo, entre otros. Este es sin duda uno de los importantes logros del libro. Sirva a modo de ejemplo la contundente afirmación de que un principio no es sino el conjunto de sus especificaciones. Esta afirmación le permite a Estévez avanzar aún más en la redefinición de los cuatro principios clásicos entendidos como a redes de significados. Redes que se lanzan sobre los casos singulares, sin estar efectivamente definidas de antemano, sino que se van tejiendo conforme avanzan las prácticas deliberativas.

La definición de la bioética como una ética aplicada, fórmula que suele encabezar a modo de un ritual necesario toda presentación de este nuevo ejercicio de la reflexión-acción, no emerge sino hacia el final del libro, como una determinación no presupuesta, sino conquistada a lo largo de un fértil recorrido, en el que acompañamos al autor desde la cuestión nominal de la bioética hasta la caracterización abierta de su concepto. Una definición ahora potenciada tanto en precisiones como en resonancias, que nos orienta en dirección a los Comités de Ética o figura institucional en que la ética aplicada se despliega- con renovadas herramientas para enfrentar sus cotidianos desafíos.

El imperativo wittgensteiniano de arar el lenguaje para anclar sus significados en un suelo más fértil es desplegado en este libro tanto con precisión como con vastedad, fundando un nuevo arraigo para las categorías que nos orientan en el trabajo intelectual, en este caso, de un dominio de saber –la bioética- que resulta cuestionador de algunas de las más clásicas dicotomías del pensamiento occidental: ciencia-ética, por una parte y teoría-praxis, por la otra.

SILVIA RIVERA